

EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL CASTRO DE «LAS MERCHANAS» (LUMBRALES, SALAMANCA)*

Por J. MALUQUER DE MOTES

El castro de Las Merchanas se halla situado al occidente de la provincia de Salamanca, en el término municipal de Lumbrales, partido judicial de Vitigudino. Dentro del término se halla en el ángulo nordeste, en el límite con el término municipal de Bermellar, al que pertenece, parte de su necrópolis romana. Su situación exacta es de 40° 58' 20" de latitud norte y 2° 58' 10" de longitud oeste del meridiano de Madrid, hallándose representado en la hoja n.º 475, Lumbrales, del mapa a 1/50.000 del Instituto Geográfico y Catastral. Su altitud es de 640 m.

Para llegar al castro, partiendo de la carretera general de Salamanca a la Fregeneda por Vitigudino, precisa, al llegar al puente sobre el río Camaces, en el km. 88/9, tomar un buen camino que por la ribera derecha se dirige hacia el norte y tomando altura conduce directamente a una loma en la que se levanta la llamada Casa de la Merchana, desde la que se divisa no lejos la gran muralla que rodea

*. Publicamos hoy estas notas sobre el castro salmantino de Las Merchanas, tras muchos años de haber realizado aquellas excavaciones ante el ineludible deber de no mantener inéditas unos prometedores trabajos iniciados desde el Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca, con más ilusión que medios. En aquellos días de 1956, gracias a la gentileza de la Excma. Diputación de Salamanca, bajo el impulso de su Presidente don Jerónimo Ortiz de Urbina, pudo crearse un incipiente y modesto Servicio de Excavaciones Arqueológicas Salmantinas, que permitió realizar en Las Merchanas dos breves campañas de excavaciones; y cuando habíase iniciada una tercera, un desgraciado incidente nos obligó a cancelarla apenas iniciada, sin que hubiera ocasión de reemprenderla posteriormente.

Las correspondientes Memorias de los trabajos realizados, así como las fotografías de todos los materiales, fueron remitidas en su día a la antigua Comisaría General de Excavaciones, para su publicación. Más tarde, al reorganizarse aquel organismo y estructurarse en el Servicio Nacional de Excavaciones, las Memorias aludidas se traspapelaron y desaparecieron. Esas Memorias se utilizaron para la redacción de la Carta Arqueológica de Salamanca. (Cf. J. MALUQUER DE MOTES, *Carta Arqueológica de España*. Salamanca, 1956, págs. 74-87.) La totalidad de los materiales arqueológicos se conservan en la Cátedra de Arqueología de la Universidad de Salamanca.

el castro. La distancia aproximada de éste a Lumbrales es de unos 7 kilómetros.

Por hallarse situado el castro en el término de La Merchana se le conoce normalmente por ese nombre, aunque también se designa el lugar como Iglesia de la Merchana, de un paredón romano que se levanta aún en el interior del castro, o Castillo de la Merchana. En el vecino pueblo de Bermellar es más usual el nombre de Castillo de Manzano.

Una de las características generales más sobresalientes de este castro es el hecho de conservar prácticamente íntegro su recinto amurallado, por lo que se trata de un yacimiento arqueológico conocido de antiguo. Esta muralla cierra un perímetro de 53 hectáreas y 37 áreas, aunque una gran parte del mismo es inhabitable, por encerrar un teso de rocas abruptas y parte de otro teso mayor, es decir, que en conjunto aproximadamente la mitad del recinto sólo podía utilizarlo el ganado.¹

LAS EXCAVACIONES

La elección del castro de Las Merchanas para iniciar excavaciones arqueológicas fue debido al hallazgo casual, realizado hace más de cincuenta años, de una tesera de bronce que, procedente del lugar, poseía el canónigo de Ciudad Rodrigo, don Mateo Hernández Vegas, el cual la depositó en la Catedral, en la que se pretendía formar un Museo Diocesano. La tesera fue estudiada por Gómez Moreno y publicada hace poco tiempo por Antonio Tovar.²

Esta tesera, cuyo texto dice «Tesera | Gauriesis | magistratu | Turi», tiene gran importancia, y en la actualidad se desconoce su paradero, pues han resultado infructuosas cuantas rebuscas hemos hecho en la Catedral de Ciudad Rodrigo, gracias a las facilidades que nos dispensó su Emmo. y Rmo. Sr. Obispo Dr. Enciso Viana y por don Máximo Martín, canónico de su Cabildo. Es interesante, sin embargo, el hecho de que, en ocasión de las excavaciones, hemos comprobado de boca del propio descubridor de la *plaquita de metal* el lugar exacto de su hallazgo, pues por una verdadera casualidad

1. M. GÓMEZ MORENO, como fruto de su estancia en la provincia de Salamanca en los años 1903-1904, para redactar el Catálogo Monumental editado recientemente por la Dirección General de Bellas Artes (Madrid, 1967), publicó un importante trabajo, con su concisión característica (*Sobre arqueología primitiva de la región del Duero*, en *Bol. RAH*, XLV, Madrid, 1904, 147 ss.), que sirvió de guía para los posteriores trabajos del padre César Morán y de los nuestros.

2. A. TOVAR, *El bronce de Luzaga y las teseras de Hospitalidad latinas y celtibéricas*, en *Emerita*, XVI, 75-91, Madrid, 1940. — Ídem, *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires, 1949, pág. 173 (con dibujo).

hicimos conocimiento con un viejo del lugar, quien nos explicó que en su juventud había hallado la referida pieza con letras *fenicias* y se la había llevado a don Mateo para que se la leyera y al cual la regaló, al ver que no contenía indicación alguna de provecho. Dicha tesera no fue hallada en el interior del castro, sino a unos cien metros junto al camino que conduce a su puerta principal, la del levante, y por ello puede asegurarse que se encontró a unos 50 metros de la escultura de granito de un *verraco* al que nos referiremos más adelante.³

Hasta el presente se han realizado tres campañas de excavaciones por la Comisaría Provincial de Excavaciones de Salamanca, en 1952, 1953 y 1955, bajo la dirección del que suscribe como Comisario Provincial, y en la última campaña, además, con la ayuda económica suplementaria del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Excelentísima Diputación Provincial de Salamanca, gracias a lo que se pudo levantar el plano detallado con curvas de nivel reproducido en la figura 1.

En la primera campaña del Plan Nacional en Salamanca colaboraron activamente don Carlos Posac Mon y don Arsenio Gutiérrez Palacios, nombrados ambos colaboradores para esta excavación por la Comisaría General de Excavaciones. En la campaña de 1953 colaboraron don Rafael Blanco y Caro y don Luis L. Cortés Vázquez, y en la de 1955 únicamente este último señor. En la primera campaña don Carlos Posac Mon estuvo encargado de los primeros tanteos en la necrópolis, aunque colaboró en los restantes trabajos.

Aparte de una serie de catas metódicas en diversos lugares del castro y de sus inmediaciones, el mayor esfuerzo se concentró en tres puntos: *a)* en el centro del castro, en el que se yergue un paredón romano de más de 3 metros de altura; *b)* en la vertiente occidental sobre el río Camaces, sector que llamamos *cata W.*, y fuera del castro, junto a su puerta septentrional en la necrópolis tardo romana descubierta allí. Para más tarde se dejó la excavación de la parte más propicia para existir el caserío, por tratarse de una tierra en cultivo y ser necesario aguardar un año de barbecho.

3. Aprovechamos estas líneas para evocar un agradecido recuerdo al buen amigo Doctor Enciso Viana, que durante sus años de regencia de la Diócesis de Ciudad Rodrigo nos honró con su sincera amistad y nos proporcionó cuantas facilidades necesitábamos para nuestras investigaciones. También queremos agradecer a nuestro querido amigo don Máximo Martín, Canónigo de Ciudad Rodrigo, en cuya compañía revolvimos todos los rincones de aquella Catedral en busca, que resultó infructuosa, de la mencionada tesera.

LA MURALLA

La muralla forma un recinto groseramente elipsoidal, cuyo eje mayor este-oeste es de 357 m., y el menor norte-sur, de 194 m. Con excepción de un pequeño recodo en el sudoeste, sobre el Camaces, en el que nunca hubo muro, por innecesario, la muralla se conserva completa, con altura media de cerca de 2 m., que alcanza los 3 en varios tramos, y ello sin medir los escombros derribados al pie de la muralla, que en algún punto del paramento sur llegan a enmascarar la anchura real de la misma.

El muro forma una cinta continua que se adapta perfectamente al terreno con entera despreocupación, y así en sus tramos sur y norte sube y baja por laderas empinadísimas hasta alcanzar la meseta oriental (670 m.), con un desnivel de cerca de 40 m. del punto más bajo al más alto de la muralla.

A menudo la muralla forma recodos, en particular en el frente sur sobre el río Camaces, y a primera vista se tiene la impresión de que se trata de antiguas puertas cegadas, pues el paramento forma línea mixtilínea, pero se trata de un curioso sistema que hemos podido observar también en la muralla de Yecla la Vieja, en Yecla de Yeltes. En estos casos se efectúa una defectuosa ligazón entre el paramento incurvado y la recta que sigue, que se yuxtaponen más que se continúan.

La muralla se construye directamente sobre la roca superficial, sin especial cimentación y sin que se construyan terraplenes ni fosos. Los paramentos se forman con piedra granítica pequeña, cuya magnitud raramente alcanza 0,60 m., pero ajustada con esmero e incluso bien acuñada con piedras más pequeñas. Los paramentos externos e internos a veces alcanzan cierta independencia, pero el macizo entre ellos se realiza al mismo tiempo y con materiales análogos, lo que contribuye a su solidez.

Parte de la muralla en el sector meridional, precisamente frente al campo cultivado, se halla arruinada en su paramento externo. A ello ha contribuido no sólo la presión de las tierras acumuladas en el interior, sino también la erosión del Camaces, que en época de crecidas lame la base del muro.

El grueso del muro defensivo es muy variable, según los distintos sectores, y oscila entre 1,50 y 6 m., e incluso hasta 8 en algunos puntos, en particular en las incurvaturas que forman las dos puertas propiamente dichas (la del sur y la principal, en el este).

El talud externo de la muralla es también variable según los distintos sectores. Fuerte en la parte oriental, la más vulnerable, dis-

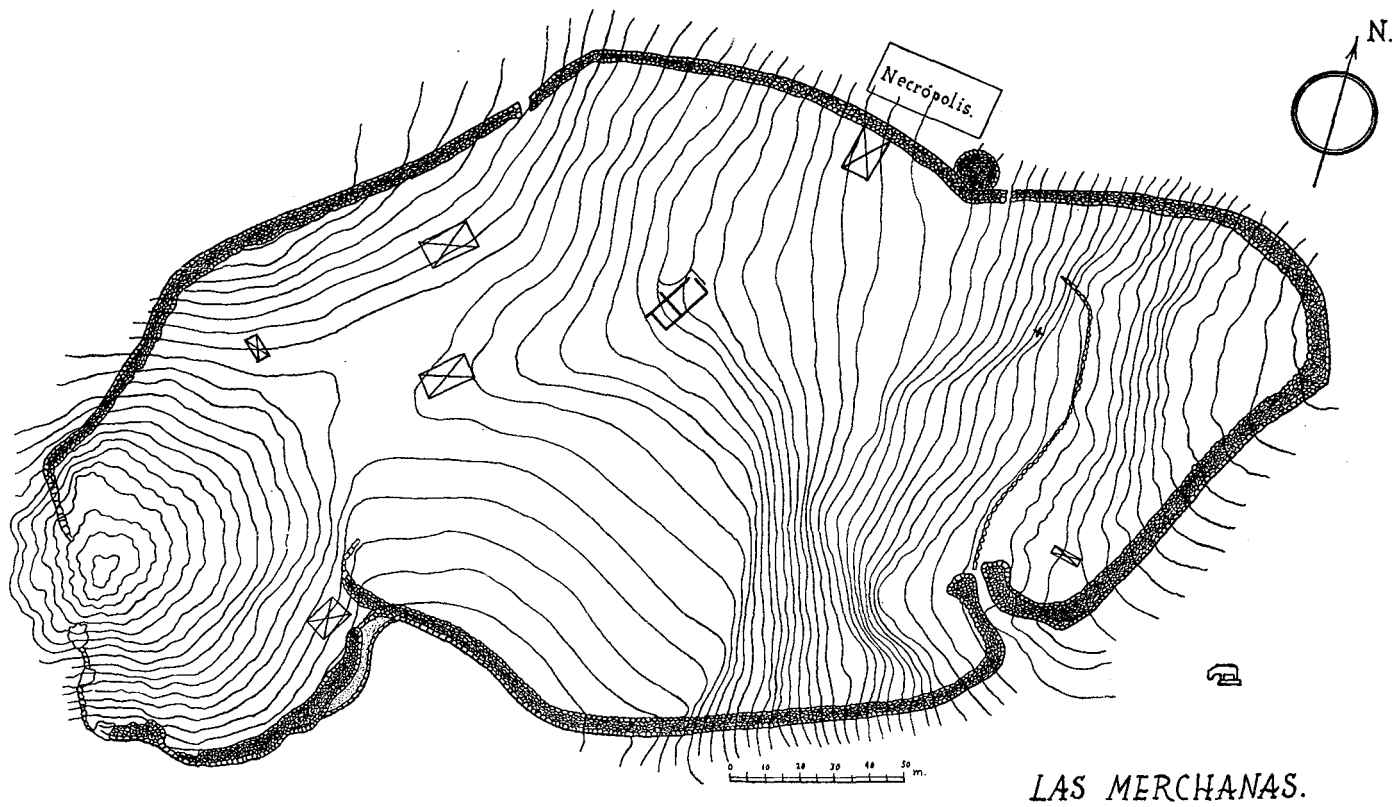


Fig. 1. — Plano general del castro de Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca). Frente a la entrada meridional donde está representado el «verraco» existe una zona de piedras hincadas frente a la puerta principal del castro, para evitar el ataque directo de la caballería enemiga y prevenir así una posible sorpresa

minuye al norte y al sur, por donde era menor el peligro de un ataque. Sin embargo, el talud es en proporción bastante menor al observado en las murallas del mencionado castro de Yecla. El paramento interno carece de talud y aparece menos cuidado.

Dos puertas principales y dos portillos se abren en la muralla. Una de las puertas, en el sector meridional frente al río Camaces, poseía unas fortificaciones especiales, cuyo detalle es difícil de establecer sin efectuar grandes excavaciones y desmonte de escombros. La muralla, en uno de los lados de la puerta, se incurva fuertemente hacia dentro en largo trecho, formando un verdadero torreón. Como aparece esta puerta cegada en época incierta, queda impreciso el trazado del lado derecho (desde el exterior), aunque al parecer el muro correría paralelo a la incurvación de la otra parte, formando una entrada en rampa acentuada y en esbiaje. Esta entrada debió transformarse en época bastante antigua, aunque sin duda fue una puerta importante, y frente a ella debió de existir un puente sobre el Camaces, pues existe un camino antiguo que muere precisamente en la orilla opuesta del Camaces, frente por frente de esta puerta, y que al parecer no tenía otra utilidad que la de unir este castro con el lugar llamado fuente del Moro, donde se aprecian superficialmente restos de un núcleo de población activa, por lo menos en época romana (cerámica, tegula, molinos circulares, etc.).

Sin embargo, la puerta principal es la de oriente, franqueada por dos imponentes incurvaciones de la muralla en forma de torreones que dibujan una entrada en embudo (cfr. el plano de la figura 1), y frente a esta puerta principal existe, en una extensa zona de cerca de 100 m., un verdadero campo de piedras hincadas, que fue ya observado por Gómez Moreno (Brah, 1904, 174) y que hoy se denomina «La estacada». Sospechamos el origen erudito de este topónimo a raíz de la visita de Gómez Moreno, el padre Morán, Hernández Vegas, etc. En este campo de piedras hincadas en el lugar señalado en el plano apareció una escultura de granito, rota y sin peana, representando un «verraco», que se halla en la actualidad junto a la casa de La Merchana.

La entrada oriental forma un verdadero camino que se interna en el recinto, pasa junto a un manantial pobre, hoy casi cegado, y conduce al núcleo de construcciones de baja época romana del centro del castro. Los dos pseudo torreones de la entrada conservan una altura de 2 m. y una anchura de 3 hacia el sur y 6 hacia el norte, donde se desarrolla un tramo casi recto con anchura constante de 6 m. hasta el recodo del nordeste. Ésta es sin duda la parte más vulnerable de la muralla, por lo que en ella se acumuló la defensa. Un pequeño portillo existente hoy hacia el nordeste es sin duda moderno y no existió durante la época de vida del castro.

Frente a este tramo recto existen varios espacios circulares cerrados con muros de piedra seca, a los que la creencia popular atribuye a viviendas de los defensores del castro. Se trata de simples «cortinas» modernas, construidas con los escombros de la parte superior de la muralla, en las que se realizó hace un siglo una plantación de almendros que en su mayor parte no arraigaron.

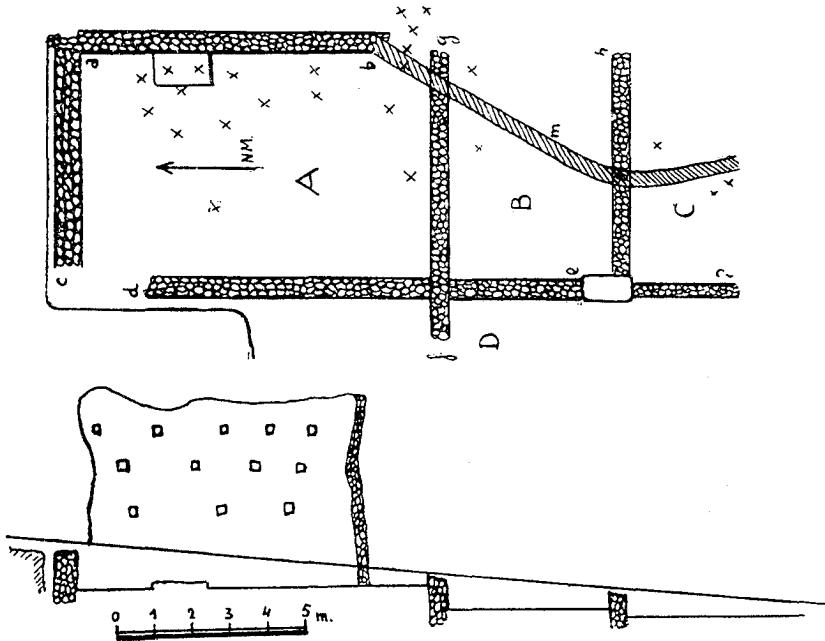


Fig. 2. — Planta y alzado del edificio romano del castro de Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca).

Desde el ángulo del nordeste, la muralla en fuerte declive se dirige hacia el río. El terreno forma una fuerte hondonada de erosión, que fue utilizada en baja época romana para necrópolis de inhumación, según hemos comprobado por la excavación de un sector de la misma. En la muralla se abre un portillo de 1 m. de luz, y fuera del portillo, con independencia de la muralla, se levanta un torreón circular de 11,50 m. de diámetro, independiente de la muralla, que constituye la defensa del portillo.

Ya hemos indicado que este portillo de la muralla norte comunica con la necrópolis del siglo IV-V y, a través de la necrópolis, a un manantial pobre que hay en el vecino término de Bermellar, en el que continúa la necrópolis tardía. Creemos que el portillo fue abierto en la muralla en época muy posterior al momento de su construcción,

en plena época imperial romana, y asimismo el torreón externo debe fecharse en esta época tardía, pues no responde en absoluto a la estructura general de la muralla, aunque está construido con idéntica técnica de piedra seca bien ajustada, técnica que aún hoy día se utiliza en la región.

En el paramento del oeste, una solución de continuidad en un sector arruinado de la muralla indica la existencia de otro portillo que comunicaba directamente al río. La época y estructura de este portillo no se puede precisar bien, aunque la inmediata proximidad del río hace probable existiera ya una salida al mismo en la época primitiva del castro.

EL EDIFICIO ROMANO

La existencia en el centro del castro de un alto paredón (4. m.) exento, orientó las primeras excavaciones efectuadas dentro del Plan Nacional por la Comisaría Provincial de Excavaciones de Salamanca, y el resultado de la excavación puso al descubierto parte de un curioso edificio público romano, muy arruinado por aparecer la roca casi a flor de tierra. En conjunto aparecieron tres departamentos en escalera, sin que se pueda conocer la unión entre ellos. (Véase el plano y alzado de la figura 2.)

La estancia A constituía una habitación rectangular de 9,30 por 6 m., pavimentada simplemente con barro pisado, que descansaba sobre la roca para regularizarla, ya que hacia el norte de la habitación llegaba a encontrarse al descubierto. La altura de los muros norte, oeste y sur era de 0,50 m., y el muro oriental es el paredón que salía a la superficie en más de 3 m. Junto al muro oriental existía una pequeña plataforma adosada al muro, de 0,20 m. de alto por 1,50 de largo y 0,90 de ancho, construida con piedras secas, recubierta con barro prensado o un mortero muy malo, en comparación al magnífico mortero que muestran las paredes. Éstas aparecen, revocadas y estucadas en la parte baja del muro saliente, pero no se apreció la existencia de pinturas. Sobre el suelo de esta estancia, y diseminados por toda ella, aparecieron fragmentos de esculturas de mármol en parte calcinados por incendio, mostrando la particularidad, algunos fragmentos, de presentar intacta la cara que apoyaba en el suelo y calcinado el resto del fragmento, lo que parece indicar que la destrucción de las respectivas esculturas precedió al derrumbamiento de los techos, de los que no se apreciaron vestigios.

En la parte central de la estancia apareció una verdadera capa de grano de mármol semejante a sal gruesa, producto de la destrucción de algunas piezas de mármol y en particular de una ara pequeña,

de la que pudo recogerse un fragmento con molduras y una sola letra que se deshacía al cogerla en forma de granos. El mármol de esta ara es de calidad muy distinta de los numerosos fragmentos de esculturas.

Para la construcción de la estancia *A* hubo de recortarse la roca superficial hasta una profundidad de 0,60 m. en algunos puntos, junto a su pared norte, lo que puede apreciarse detrás del resto de muro construido a una distancia de 0,06 a 0,10 m. de la roca recortada. El muro occidental también exigió el recorte de la roca viva, para formar el rectángulo de la estancia.

Los muros *a-b*, *a-c* y *d-e* fueron construidos de una vez. Por el contrario, el muro *g-f*, que cierra la estancia *A*, por el sur, monta decididamente sobre el *d-e*, que terminaba en un grueso sillar de esquina, de 1,50 por 0,70 m., y que enlaza con el muro *e-h*, que cierra por el sur la habitación *B*. Sin embargo, las estancias *A* y *B* no constituían una sola unidad, puesto que la *B* se hallaba 0,50 m. más baja de nivel que la *A*, y carecía de pavimento.

Esta estancia *B*, de la que ha desaparecido la pared oriental por la erosión y el declive existente, aunque se halló desplazado el sillar de esquina que remataba el muro y hacía juego con el sillar *in situ* mencionado, forma un rectángulo de 6 por 4,10 m. de ancho. En el muro que separa las dos estancias *A* y *B*, conservado sólo en sus cimientos, no se pudo apreciar la presencia de comunicación entre las dos habitaciones.

En el relleno de la estancia *B* se hallaron también algunos fragmentos de estatuas de mármol, pero se pudo apreciar que procedían de la estancia *A* en desescombros efectuados en época moderna para trazar un camino que cruzando por encima de estas estancias habrá contribuido más aún a fragmentar los ya destrozados restos de las esculturas.

Junto a la estancia *B*, pero 0,20 m. más baja de nivel, existía otro compartimiento, el *C*, sin pavimentar, que a unos 2,5 m hacia el sur se pierde completamente por la fuerte pendiente del terreno y la erosión. Sus características primitivas no se pueden señalar bien. Hacia el occidente del punto *D* pareció vislumbrarse un resto de pavimento de tégulas machacadas que rápidamente se perdía por la inclinación del lugar. Por ese lado no se prosiguió la excavación por hallarse un inmenso montón de piedra en la que se ha acumulado la mayor parte de la que constituyó el primitivo edificio. Esperamos en otra ocasión poder completar el estudio del edificio por ese lado, aunque con pocas esperanzas, pues la roca de base aparece muy superficial.

El muro *m*, moderno, fue levantado y rectificado.

En el interior del edificio, aparte de los numerosísimos fragmentos

de estatuas de mármol, el cribado total de la tierra ofreció escasos fragmentos de tégula, algunos fragmentos de cerámica sigillata tardía, un fragmento de un vasito de vidrio cuya forma no puede precisarse, y en el rincón g, un amuleto de bronce, uno con gallito. En este mismo lugar aparecieron los cinco fragmentos mayores de una estatua, sin calcinar, que, pegados, ofrecen parte de la cadera derecha y pliegue del vestido de una estatua de mármol italiano con busto cambiante. En la estancia A se halló un pequeño bronce de Magno Máximo (383-388), que nos ofrece un dato *post quem* para la destrucción del edificio.

CATA W

En el centro de la «cortina» oeste del castro, y a unos 30 m. de la muralla, realizamos una cata de sondeo de algo más de 2 m. de profundidad. Dicha «cortina» constituye una ladera suave en declive hacia el río Camaces, que se cultiva desde tiempo inmemorial (forraje garbanzos, etc.). Por ello no teníamos demasiadas esperanzas de localizar restos de interés, pero era necesaria una exploración del subsuelo que orientara otra campaña de excavación.

Era fácil observar que la primitiva vertiente era más abrupta y que para su transformación en campo aprovechable había sido regularizada aportando tierra en la parte baja y rebajándola quizás en su ladera superior. De hecho la muralla ha sido transformada en un verdadero muro de contención. Hubiera sido más lógico quizás intentar la cata en una zona más baja, o sea más próxima a la muralla, pero ello tenía el inconveniente de tener que profundizar muchísimo más, con el consiguiente coste y sin seguridad de que la zona elegida hubiera sido habitada. De hecho la escasez de medios y de tiempo nos aconsejaron a elegir un lugar en el centro de la cortina, en la que se marcó una área de 16 m², que se cataron con dos zanjas en cruz. El cuadrante superior izquierdo fue el único que pudo completarse hasta la roca virgen que apareció a más de 2 m. de profundidad (2,10 m.) en el centro del cuadro. En su extremo norte la roca aparece a 1,40 m.

El resultado de la cata, muy interesante, permitió conocer parte de la estancia de una vivienda, pavimentada toscamente con tierra pisada para igualar las irregularidades de la roca de base. En su extremo sur apareció parte de un muro que conservaba 0,92 m. de altura, junto al que existía un curioso hogar u horno con planta ultra semicircular, elevado unos 0,25 m. del suelo (fig. 3). Se trata de un elemento nuevo y desconocido, que sepamos, en la cultura de los castros de la Meseta.

En la figura 3 ofrecemos una sección estratigráfica de la cata, que muestra la disposición de los restos descubiertos, tomada del dibujo original a 1:20. En ella se aprecia, en primer lugar, la existencia de un estrato superior que contiene dos niveles A y A', constituido por tierra arenosa procedente de la descomposición del granito, blanda, muy micácea y algo oscura. La diferencia entre el nivel A y el A' es

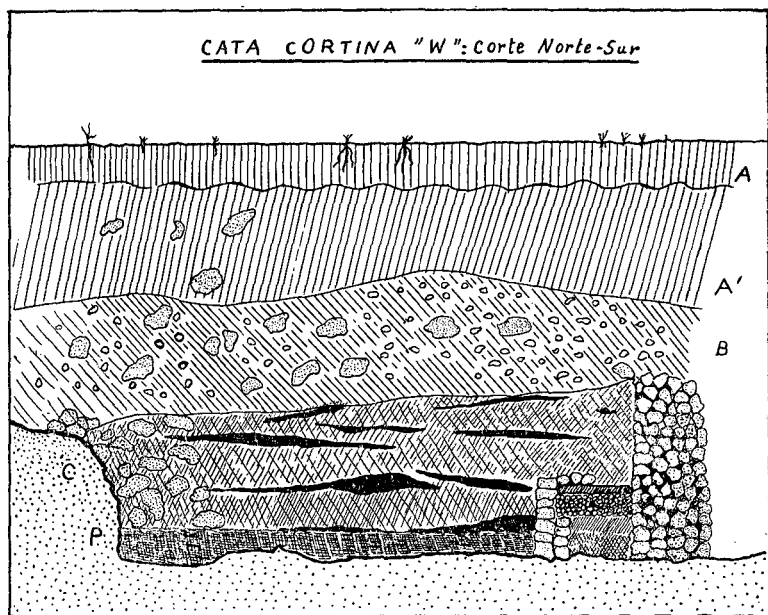


Fig. 3. — Croquis estratigráfico de una cata del sector occidental del castro, que nos muestra la sección de una vivienda destruida por un incendio. Puede apreciarse la pared de mediodía junto a la que vemos adosado un horno u hogar. Por el contrario, hacia el norte aparece la roca simplemente desbastada y recortada.

debido probablemente al cultivo, siendo la coloración del superior más oscura y el inferior más compacto. La potencia media del nivel A es de 0,20 a 0,25 m. El nivel A' es de color más claro y más apelmazado. Ambos se caracterizan por no contener piedra. En el nivel superior se recogieron algunos fragmentos superficiales de cerámica rodada aportada más por la erosión superficial que por el laboreo de las capas profundas. El nivel A' puede considerarse prácticamente estéril. La potencia total del estrato I, sumados ambos niveles, es de 0,60 a 0,80 m., es decir, con promedio de 0,70 m., correspondiendo los 0,50 más profundos al nivel A'.

A una profundidad de 0,65 a 0,80 m. comienza el estrato II, uniforme y sin niveles, que designamos en la figura 3 como estrato B,

y que alcanza una potencia de 0,50 a 0,60 m. La textura del estrato es completamente distinta del superior, pues se trata de una potencia de tierra muy pedregosa, aunque de piedras pequeñas, salpicado todo él, pero con mayor abundancia hacia su extremo norte por piedras de tamaño mayor procedentes, al parecer, de muros desbaratados.

Precisamente en el extremo norte de la cata este estrato se apoya sobre la roca virgen, en la que descansan restos muy enmascarados de un muro de piedra seca (véase la fig. 3), que en buena parte hallaremos en el estrato inmediato inferior.

A una profundidad de 1,40 m. comienza un tercer estrato (el C, de la figura 3), que constituye el relleno de una estancia. La tierra se distingue por su coloración acentuadamente oscura, cortada por lechos discontinuos de cenizas y tierra carbonosa. En el extremo sur de la cata asoma la parte superior de un muro de piedra pequeña e irregular, al parecer puesta en seco (como material el granito neísico de los alrededores). El grueso de la pared es de 0,40 m., y su altura conservada, de 0,98, sobre la roca virgen en la que descansa y que en este punto aparece a una profundidad total de 2,16 m. de la superficie actual. Esta pared constituye el cierre meridional de una estancia.

En la parte opuesta de la cata la roca de base forma un peldaño, que fue retocado burdamente y aprovechado para ahorrar parte del alzado del muro, cuya parte baja parecía observarse precisamente sobre el peldaño de roca, en la base del estrato II. El espacio comprendido entre ese peldaño de roca y la pared meridional, de 2,70 m., constituía la anchura de la estancia, rellena precisamente con el estrato III. La potencia media de éste es de 0,60 m., y por debajo se extiende una capa grisácea y compacta que constituye un verdadero pavimento para igualar la superficie de la roca de base que al momento de construirse la estancia debió de hallarse al descubierto en gran parte. La potencia media de ese pseudo pavimento es de 0,12 a 0,14 m.

Pero el verdadero interés de la cata reside en la aparición de un curioso horno u hogar adosado a la pared meridional y cuyo detalle puede apreciarse en la figura 3. A una altura de 0,24 m. sobre el piso, un murete de una sola hilada de piedras dibujaba un espacio semi-elipsoidal de 0,04 m. de anchura por 0,50 m. de altura, distanciado de la pared. Una capa de barro agrietado, endurecida por el fuego, constituía una solera de horno u hogar de 0,03 m. de grueso, que descansaba sobre otra capa de guijarros pequeños de 0,12 m. El semicírculo estaba, además, subrayado por una hilera de piedras que se conservaba únicamente en uno de los lados.

El horno fue construido antes de que se depositara la capa de tierra que forma el piso, por cuanto el murete de contención apoyaba directamente en la roca, lo que hacía que el horno quedara unos 0,25 m.

más alto que el propio piso. El proceso de construcción puede reconstruirse con facilidad. Primero se construyó el murete semicircular, cuyo interior se rellenó con tierra hasta cierta altura (unos 0,20 m.), luego se dispuso una capa de guijarros y finalmente se extendió una masa

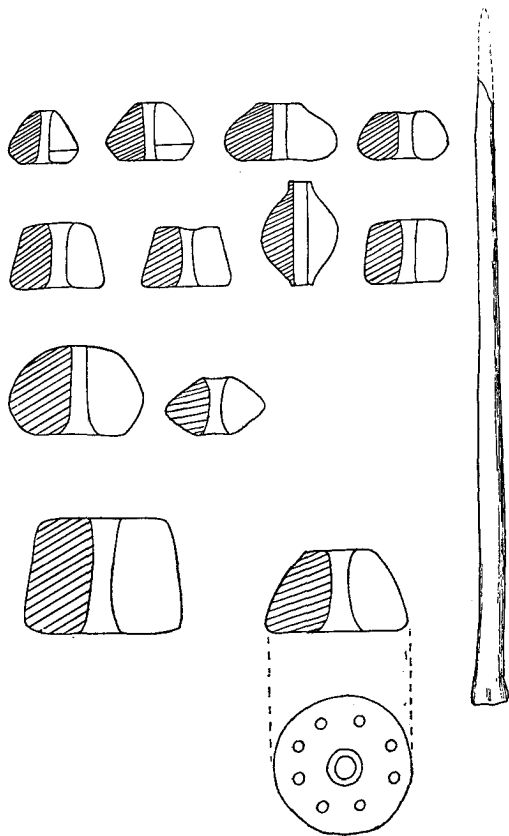


Fig. 4. — Fusayolas de barro y un huso de hueso. A 1/2.

de barro depurado. La presencia de guijarros parece responder a la necesidad de aislar la solera del horno.

Es difícil clasificar esta construcción de horno u hogar. En realidad desconocemos casi todo lo referente a ambos elementos en las culturas prerromanas de la Meseta. Por lo que se refiere a la provincia de Salamanca, conocemos un único tipo de hogar en el poblado de la cumbre del Cerro del Berrueco, en curso de excavación, y se trata de un hogar simple extendido en forma cuadrilonga sobre la superficie del interior de la vivienda y en posición central. Por ello usamos el término horno para este de Lumbrales, sin que pueda decidirse por

el momento si se trata de un tipo de estructura frecuente o un caso singular.

La cata no pudo llegar a precisar la planta completa de la vivienda, en parte por caer la parte delantera fuera de la cata. Por su extremo superior pudo precisarse que la estancia dibujaba una planta rectangular alargada, aunque había desaparecido el muro posterior y la roca de base iniciaba una fuerte pendiente ascensional.

Los hallazgos de materiales arqueológicos proporcionados por la cata W no pudieron ser más pobres e inexpresivos, pues se limitan a

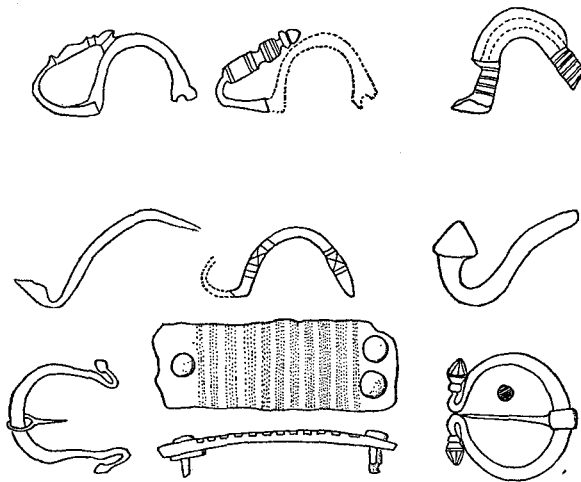


Fig. 5. — Fíbulas y hebillas de bronce. Placa de hierro con nielado geométrico de cobre. Hallazgos superficiales realizados en el recinto del castro y en la zona de la necrópolis tardorromana. A 1/2.

fragmentos de cerámica lisa, fusayolas y un huso de hueso muy pulimentado, con su extremidad rota modernamente (fig. 4). La cerámica es de pasta tosca y oscura, muy micácea, de evidente fabricación local, exactamente idéntica a la recogida en abundancia en la escombrera exterior del castro, junto a la puerta del norte donde se construyó en época del Bajo Imperio la necrópolis. Las formas usuales son las de puchero con base plana y perfil ovoide, con o sin asa y con labio exterior poco saliente. La cocción es buena, y aunque parece fabricada con ayuda del torno, no se trata de cerámicas industrializadas. La única decoración de algunos fragmentos consiste en incisiones toscas en los bordes superiores, y en algún fragmento aparece un cordón de barro aplicado sobre la superficie, formando collarino a poca distancia de la boca.

Las fusayolas son lisas y generalmente cónicas o troncocónicas,

con bordes desgastados y lisos. Una de ellas posee una corona de puntos incisos en su cara plana. De tipo análogo pueden recogerse superficialmente por todo el castro. Ejemplares parecidos se hallaron en la *cata 1*, cuyo resultado stratigráfico fue nulo.

LA NECRÓPOLIS TARDO ROMANA

Un castro habitado durante más de setecientos años necesariamente tiene que ir acompañado de las inevitables necrópolis. En toda la provincia de Salamanca no se conoce aún ninguna necrópolis de sus castros prerromanos, por ello una buena parte del esfuerzo de la excavación se orientó a buscar la necrópolis del primitivo castro. El interés en encontrarla es muy grande, puesto que es necesario saber si estos castros de la meseta occidental responden a lo conocido en los castros abulenses o si ofrecerán en su día unas facies distintas capaces de explicarnos la ausencia de necrópolis conocidas en los castros del noroeste peninsular.

Hasta el momento la búsqueda ha resultado infructuosa. Se partió de la idea de que la necrópolis primitiva debería ser de incineración y por consiguiente ofrecería pocos o nulos elementos superficiales para su localización. En segundo lugar se utilizó la experiencia de Juan Cabré, que halló las necrópolis abulenses a la vista de la puerta principal del castro (cfr. Las Cogotas o Chamartín de la Sierra).

Se realizaron múltiples catas en el sector de piedras hincadas situado ante la puerta del levante, que hemos considerado como principal, y todas ellas resultaron infructuosas. Se recogieron fragmentos de cerámica lisa desorganizados que parecen corresponder más a una zona de vertedero que a la necrópolis.

También se realizaron catas a bastante distancia del castro, y en una de ellas se localizaron unos pequeños restos de habitaciones cuadrangulares, pero nada de necrópolis. Existe, sin embargo, una loma que parece bastante apropiada, y que no pudimos revisar por pertenecer a propietario distinto y carecer de la oportuna autorización, en la que esperamos poder realizar sondeos en fecha próxima.

Con el fracaso de las prospecciones para localizar la necrópolis antigua contrasta la inmediata localización de una necrópolis de inhumación tardorromana bajo los mismos muros de la muralla septentrional, de la que en dos cortas campañas se ha excavado un total de 36 inhumaciones, que representa una pequeña parte de ella, pero que ofrecen datos suficientes para documentar la última fase de vida del castro y fija la época de su definitivo abandono en el transcurso del siglo v.

Esta necrópolis se desarrolla junto a la muralla norte, comunicándose con el castro mediante el portillo señalado en el plano general, junto al que se construyó el mencionado torreón circular como una defensa exterior independiente de la muralla y probablemente de época tardía contemporánea de la romanización del castro.

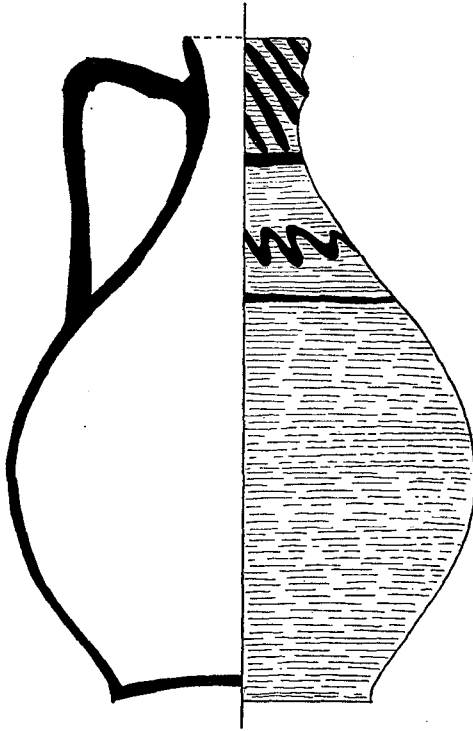


Fig. 6. — Vasija de pasta roja, fina, con decoración pintada en blanco. Sepultura n.º 1. A 1/2.

Por este lado, una fuerte pendiente fue aprovechada para efectuar las inhumaciones al parecer en hiladas paralelas a la muralla. Desconocemos la total extensión alcanzada por la necrópolis en dirección norte, pero es seguro que rebasa el término municipal de Lumbrales y se continúa por el término de Bermellar, aunque falta una prospección detenida de este último.

El terreno ocupado por la necrópolis constituía un verdadero vertedero del castro, de tal suerte, que la tierra que recubre las sepulturas aparece completamente llena de abundantísima cerámica tosca a torno y a mano, muy fragmentada y procedente no de las sepulturas, sino de escombros de las viviendas del interior del castro. Esta ce-

rámica, que estudiamos en otro lugar, presenta las mismas características de la que aparece en la superficie interior del castro, con total exclusión de las cerámicas claramente romanas, pues no pudimos recoger ni un solo fragmento de sigillata, de cerámica estampada, etc. Probablemente se trata de las cerámicas toscas, de cocina, de los primeros siglos imperiales y aun del siglo I a. J. C., pero por sí mismas son muy poco expresivas.

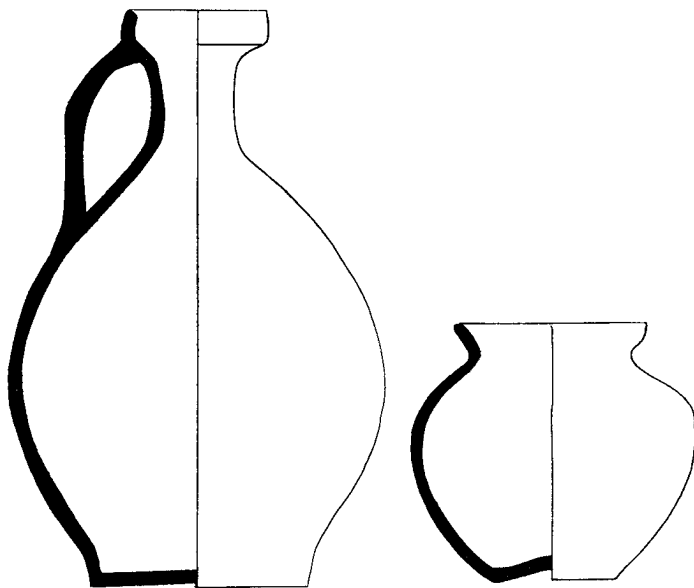


Fig. 7. — Vasija de cerámica gris con una asa y pomo de vidrio de la sepultura n.º 4. A la mitad de su tamaño.

Junto con estos fragmentos cerámicos aparecen algunos objetos de bronce, como las fíbulas n.º 1-3 de la figura 5, que pertenecen asimismo al vertedero y, por consiguiente, no forman parte del conjunto arqueológico de la necrópolis.

El ritual exclusivo de ésta es el de inhumación en simples fosas con cajas de madera, en toscas cistas de piedra formadas por pequeñas lajas o sepulturas bajo tégulas colocadas en forma de caballete o formando cajas rectangulares.

Las inhumaciones aparecían alineadas, con la cabecera hacia la muralla, aunque con alguna excepción. En los últimos momentos de la necrópolis se enterraron sin orden ni concierto entre dos calles de inhumaciones.

El ajuar de los enterramientos es sumamente pobre. Son muchos

los que carecen de todo ajuar. Otros poseen un pequeño botijo de cerámica roja o grisácea, o un frasco de vidrio y una vasija, etc. (cfr. inventario). En algunos casos se añaden los útiles de trabajo, y únicamente en un caso hallamos un puñal (sep. n.º 17) del tipo denominado de Simancas.

En la sepultura n.º 4 apareció un amuleto (?) de bronce, con una palomita en su extremo, análogo a los bien conocidos en numerosas necrópolis peninsulares.

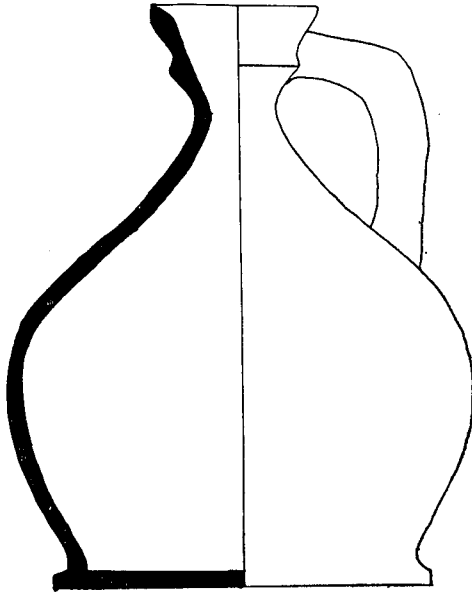


Fig. 8. — Vasija de la sepultura n.º 8. A 1/2.

Es interesante anotar que el emplazamiento de la necrópolis no venía indicado por ningún signo externo. Es decir, que no aparecen estelas indicadoras de la existencia de la necrópolis. Por otra parte, no se conocen tampoco estelas sepulcrales o epígrafes funerarios procedentes de este castro. Ello es tanto más de extrañar cuanto el castro de Las Merchanas está situado en el centro de una zona en la que existen numerosos castros que se caracterizan por su nutrida epigrafía funeraria de gran valor para el conocimiento de la onomástica indígena de los primeros siglos imperiales. En Hinojosa (Cabeza de San Pedro), en Saldeana, en Cerralbo y en el mismo término de Lumbrales y Sobradillo existen hallazgos de esa naturaleza. Incluso en el propio término de Bermellar hay epigrafía que parece responder a necrópolis de otro castro muy alejado del que nos ocupa.

La fecha de las estelas sepulcrales salmantinas es incierta, puesto que nunca han aparecido con su respectiva sepultura, sino abandonadas y reutilizadas en cercas y cierros, o incluso como elemento de construcción en la reparación tardía de las murallas de los castros o en los pueblos medievales que les sucedieron, ermitas, etc. Creemos, sin embargo, que, *grosso modo*, la época de utilización de las estelas con epigrafía funeraria en la provincia de Salamanca puede ceñirse desde mediados del siglo I a mediados del III de nuestra Era, y por

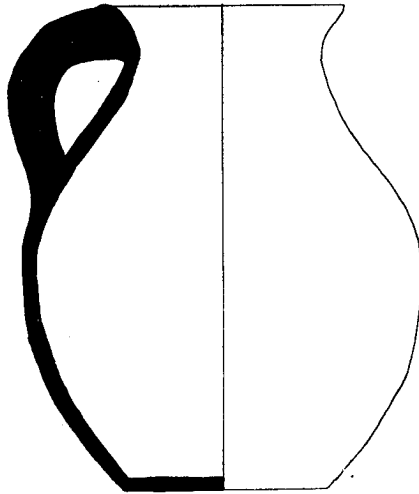


Fig. 9. — Vasija de la sepultura n.º 14. A 1/2.

ello la necrópolis de Las Merchanas *a priori* puede ser considerada posterior a la mitad del siglo III. Ello se confirma con los ajuares funerarios.

Existe, sin embargo, la posibilidad de que los habitantes de ese castro en baja época romana no fueran elementos indígenas, sino de que se trate de destacamentos militares para controlar la producción de estaño, pues el castro se halla enclavado en una rica zona minera que aun en la actualidad se explota. La presencia de varias esculturas de mármol entre las ruinas del edificio romano quizás abonarían esa probabilidad.

Ya hemos dicho que la necrópolis se extiende por el vecino término de Bermellar, y aunque no sabemos su extensión, un reconocimiento más detenido de zonas más alejadas quizá nos ofrezcan un día facies antiguas de esta misma necrópolis u otra que le anteciedera.

Los vidrios descubiertos en las sepulturas 4 y 18, el cuenco de sigillata lisa de esta última y el resto de la cerámica permiten precisar

la fecha de las inhumaciones descubiertas entre mediados del siglo iv y mediados del v de la Era. Ello concuerda, en líneas generales, con los datos en el castro, lo que permite suponer la segunda mitad del siglo v como época de la destrucción final y definitivo abandono de ese castro, quizá durante las turbulentas contiendas entre los suevos y visigodos.

Entre la cerámica hemos de notar el predominio absoluto de la cerámica roja de pasta fina sin barnizar, de la que aparecen dos especies, una más cuidada con decoración pintada de blanco (sep. n.º 1) y otra que imitándola es más tosca. En un solo caso aparece el botijo de color gris, que anuncia claramente los albores del siglo v.

El utillaje de hierro de la sepultura 17 es sumamente interesante. Se trata de un conjunto de herramientas para labrar la madera, como la azuela y las numerosas gubias y formones que se usaban con mangos de asta de ciervo que en un caso se han conservado, aunque en muy mal estado. El martillo y el «bote de la cola», al decir de los obreros, completan este ajuar de carpintero del siglo v.

La única arma hallada hasta el presente en la necrópolis es el puñal tipo Simancas, de hierro, con vaina en parte de cobre, sencillo, propiedad del mismo carpintero. Su aparición en este conjunto de Lumbrales obliga a rectificar la denominación de puñal visigótico con que se le ha venido designando, pues es seguramente un tipo genéricamente tardorromano peninsular. Tampoco es posible aceptar la alta cronología propuesta (siglo vii) para la necrópolis vallisoletana de Simancas y restantes hallazgos similares, puesto que hasta el momento ni un solo elemento que pueda calificarse de visigodo ha aparecido en Las Merchanas.

INVENTARIO DE LA NECRÓPOLIS

- N.º 1. — Sepultura constituida por tégulas, cuyo detalle se desconoce, excavada con anterioridad a las excavaciones oficiales. Al parecer estaba constituida por tres tejas a cada lado, revistiendo una fosa alargada y cubierta a su vez con tégulas puestas horizontalmente. En su interior apareció el esqueleto de un adulto, del que vimos algún hueso aún en 1952 (la violación se efectuó en 1947). Por referencias, sabemos que el ajuar consistía en un brazaletes de hilo de cobre, varias cuentas, de tipo material desconocido, y un *botijo* de cerámica, que pudimos recuperar (fig. 6), de 170 mm. de altura por 124 de diámetro máximo. De pasta fina y bien cocida y de superficie rojiza, presenta una decoración pintada en blanco.
- N.º 2. — Sepultura de tégulas, excavada antes de nuestra intervención. Se desconocen detalles, pero hallamos los fragmentos triturados de las

tégulas, dos de los cuales conservamos por presentar marcas en los encajes.

N.º 3.— Sepultura infantil, sin ajuar. A 0,60 m. de profundidad y constituida por cuatro tégulas a cada lado, y sin protección en la cabecera ni a los pies. Restos óseos deshechos.

N.º 4.— A profundidad desigual, por la pendiente del terreno. En la cabecera, a 0,90 m., y en los pies, a 0,65; formada por toscas lajas de

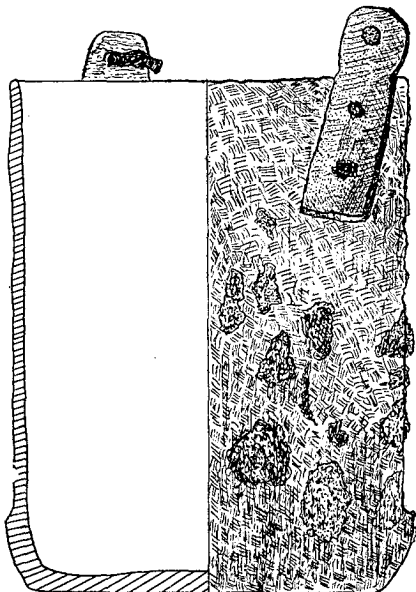


Fig. 10. — Bote de cobre forrado de hierro, de la sepultura n.º 17. A 1/2.

pedra hincadas verticales y recubiertas por otras pequeñas e irregulares. Las piedras de la cubierta se habían hundido en el interior, destrozando por completo el esqueleto de un adulto. Consistía su ajuar en un vasito de vidrio, un botijo de barro gris y varios clavos de hierro procedentes de un ataúd de madera. En el cribado de la tierra apareció un amuleto de bronce con una paloma en su extremo, que no pudo precisarse su relación con el esqueleto. Los vasos se hallaron a los pies.

N.º 5.— A 0,65 m. de profundidad, Formada por lajas de piedra tosca dibujando una cista de 1,30 por 0,50 m., y 0,55 de profundidad. La parte delantera, empedrada con tres lajas. En su interior, restos de un adolescente, sin ajuar. Varios clavos de hierro del ataúd de madera.

N.º 6.— A 1 m. de profundidad. Cista formada por lajas irregulares señalando un espacio de 1,95 por 0,50 m., y 0,55 de profundidad. Esqueleto

con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin ajuar, a excepción de una aguja de fibula, de bronce, que puede pertenecer a la tierra del verdedero independiente de la inhumación. Tres clavos de hierro indican la existencia de un ataúd de madera.

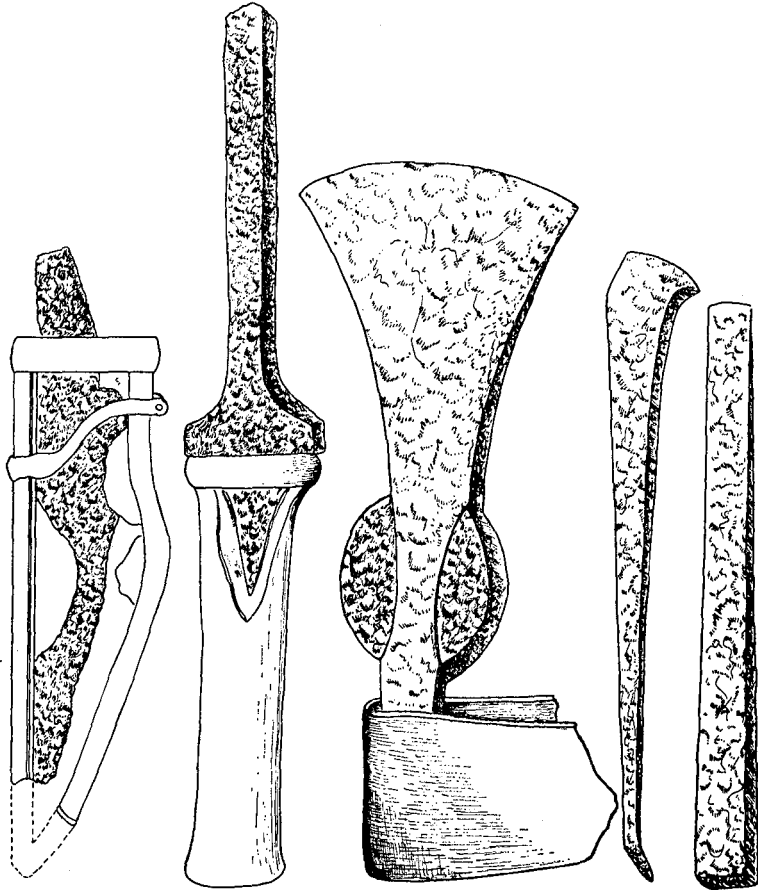


Fig. 11. — Cuchillo de hierro con restos de bronce de la vaina; cinceles y azuela de hierro, de la sepultura n.º 17. A 1/2.

N.º 7. — A 0,60 m. de profundidad. Cista constituida por lajas de piedra, que aparecieron abiertas y desplazadas de su lugar original. Esqueleto destrozado de adulto, con orientación inversa a los demás, es decir, con los pies hacia la muralla. Cinco clavos de hierro procedentes del ataúd de madera.

N.º 8. — A 0,50 m. Caja de toscas lajas dibujando una área de 2,30 por 1,20 m., y 0,50 de profundidad. Parte de las lajas de la cubierta en el interior, junto a un esqueleto de adulto. Como ajuar, una espátula

de hierro, una varilla y una anilla rota. Junto a los pies del esqueleto, una vasija rojiza de cuerpo panzudo, de 160 por 130 mm. de diám. máx. (fig. 8).

N.º 9.— A 1,80 m., debido a la gran acumulación de tierra por el arrastre

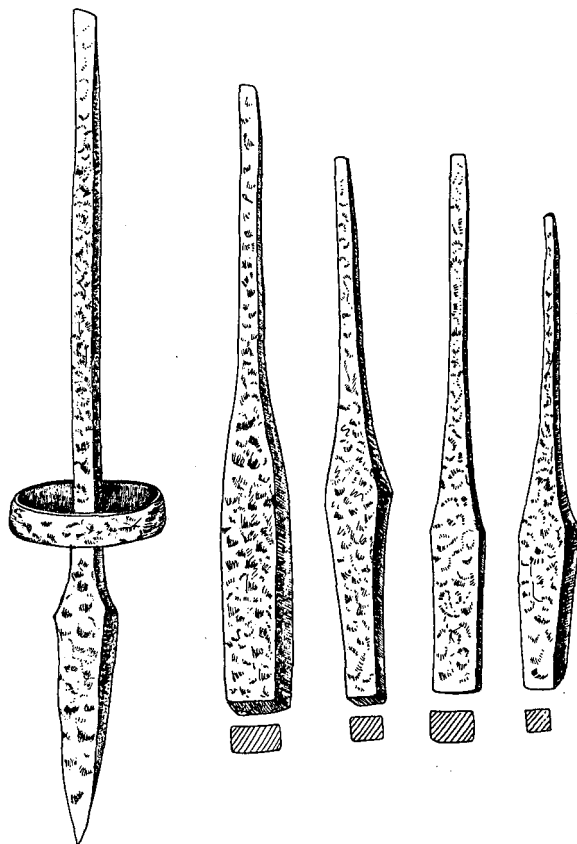


Fig. 12. — Cinceles de hierro, de la sepultura n.º 17. A 1/2.

superficial. Esqueleto de adulto sin cista ni protección alguna, con los brazos abiertos en cruz. Carecía de ajuar.

N.º 10 — A 0,90 m. de profundidad. En fosa estrecha, sin protección de piedras ni téglas. El esqueleto, muy comprimido, sugiere un ataúd de madera, aunque no se hallaron clavos ni ajuar. Fosa de 1,80 por 0,50 m.

N.º 11. — A 0,65 m. Inhumación infantil formada por dos téglas en caballete. El hueco de la cabecera, cerrado por tres piedras. Esqueleto de menor de diez años, quizá niña. En el brazo derecho, una pulserita constituida por un simple hilo de cobre. En el cribado apareció una

cuentecita piriforme de vidrio azul y una piedra verde cuadrada con doble perforación, utilizada probablemente como botón.

N.º 12.— A 0,70 m. de profundidad. Sin caja de piedras ni protección alguna. Esqueleto de adulto sin piernas, pues parece que la sepultura

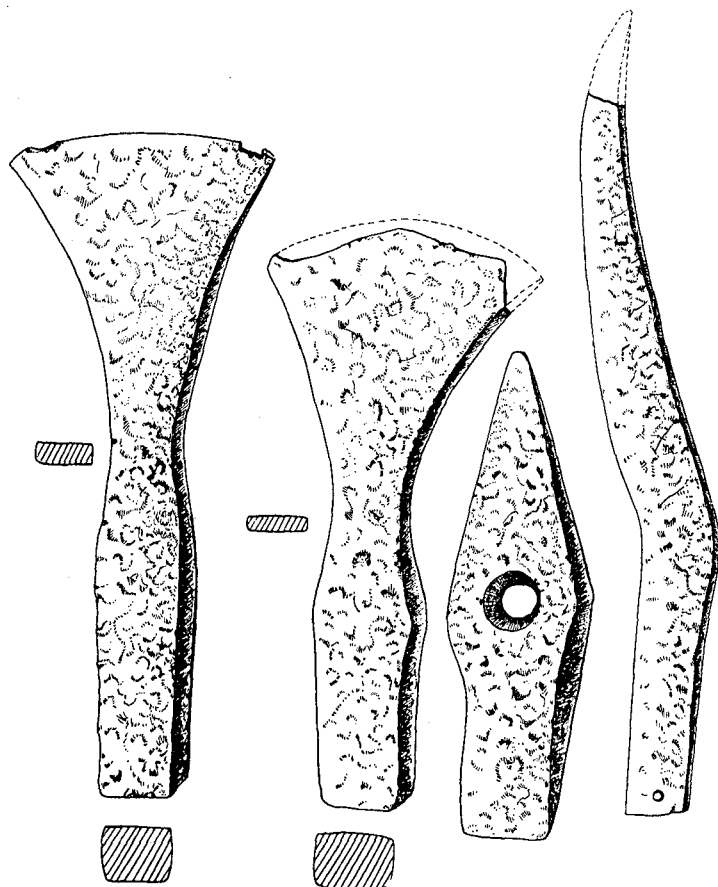


Fig. 13. — Martillo, cuchillo y azuelas de la sepultura n.º 17. A 1/2.

había sido cruzada por una zanja transversal en época incierta. A la altura de las costillas apareció la hoja de un cuchillo de hierro de un solo filo (116 mm. de long. por 0,20 de ancho), un escoplo de hierro análogo a otros hallados (cf. sep. n.º 17) y un pequeño bronce de Claudio II el Gótico (?) (269-270). Aparecieron también en el cribado cinco tachuelas idénticas a las que corresponden al calzado en otros enterramientos, y que suponemos se integrarían al conjunto en el momento de efectuar la excavación para la zanja. Lo mismo puede

decirse de la fíbula de bronce, que en modo alguno corresponde a esta inhumación.

- N.º 13. — A 0,68 m. de profundidad. Fosa muy bien preparada a base de dos muretes de piedra seca bien ajustada y la correspondiente cabecera. Medidas interiores de 2 por 0,50 m. Apareció vacía, sin que al parecer hubiera sido utilizada nunca.
- N.º 14. — A 0,70 m. de profundidad y a 0,60 del cráneo de la sepultura 12 apareció una inhumación muy removida, sin caja ni protección alguna. Al parecer pertenece a esta inhumación un pequeño botijo con asa (fig. 9). A mayor profundidad aparece otra inhumación, cuya excavación queda para el final de la campaña (cfr. sepultura n.º 36).

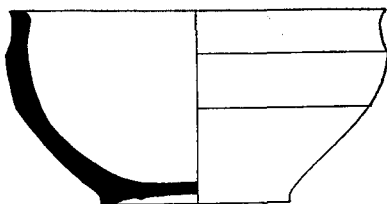


Fig. 14. — Cuenco de terra sigillata lisa, de la sepultura n.º 18.
A mitad de su tamaño.

- N.º 15. — A 0,58 m. de profundidad, inhumación de un esqueleto completamente aplastado y deshecho por la humedad. Carecía de ajuar, caja o protección.
- N.º 16. — A 0,58 m. Sepultura bien construida, con losas hincadas formando un recuadro de 2 por 0,68 m., pavimentado su interior por tres tégulas. Esqueleto de adolescente mal conservado. Como único ajuar, una delgada cinta de cobre en forma de sortija.
- N.º 17. — A 0,68 m., en disposición transversal a la ordenación de la necrópolis, aparece el esqueleto de un adolescente, sin protección de caja de madera ni cista de piedra. Acompañaba al esqueleto el ajuar más completo obtenido en toda la necrópolis, pues entre las piernas apareció un bote que había sido de cobre forrado exteriormente de hierro, y junto al brazo derecho, un lote de herramientas de hierro constituido por una azuela de labrar madera, escoplos varios y un martillito de hierro para guarnicionería (figs. 10-17).
- N.º 18. — A 0,48 m. de profundidad, en fosa rectangular de 1,90 por 0,62 m. Esqueleto mal conservado en ataúd de madera, del que se recobraron seis clavos de hierro. Junto a los pies, un cuenco de sigillata lisa y una botellita de vidrio.
- N.º 19. — A 0,45 m. de profundidad, en fosa libre sin cista, esqueleto de adulto en mal estado de conservación, con ataúd de madera, del que se recobraron diez clavos de hierro. Carecía de ajuar.

N.º 20. — A 0,45 m., con idéntica orientación que el anterior. Posiblemente inhumación con ataúd de madera, del que se conserva un clavo. Como único ajuar, un botijo cerámico (fig. 15).

N.º 21. — A 0,45 m. de profundidad. Inhumación en fosa, con caja de madera, de la que se conservan diez clavos. Carecía de ajuar.

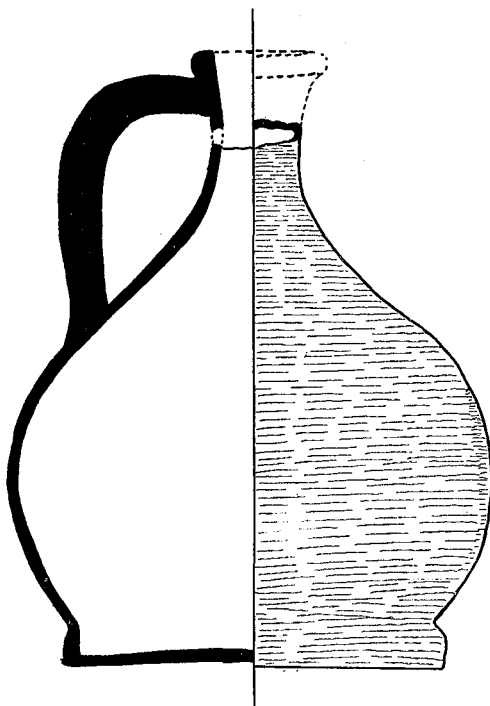


Fig. 15. — Vasija de la sepultura n.º 20. A 1/2.

N.º 22. — A 0,60 m. de profundidad. Inhumación en mal estado de conservación, probablemente en caja de madera, de la que se conserva un clavo de hierro.

N.º 23. — A 0,40 m. de profundidad. Inhumación desorganizada por remociones de época incierta. Esqueleto aplastado, que al parecer fue depositado en la fosa sin protección alguna.

N.º 24. — A 0,70 m. de profundidad. Inhumación en mal estado de conservación. Ataúd de madera, del que se conservan cuatro clavos de hierro. Carecía de ajuar.

N.º 25. — A 0,58 m. de profundidad. Sin cista ni caja de madera. Como ajuar, un botijo de cerámica con dos asas, roto en la excavación (fig. 16).

N.º 26. — A 0,32 m. de profundidad. Inhumación destruida frente al torreón que protege el portillo de la muralla. Sin ajuar ni resto de caja de madera.

N.º 27. — A 0,40 m. Inhumación en caja de madera, de la que se recuperaron varios clavos de cabeza grande, distintos de los usuales en la necrópolis. Junto a los pies, numerosas tachuelas de hierro procedentes de las abarcas de cuero.

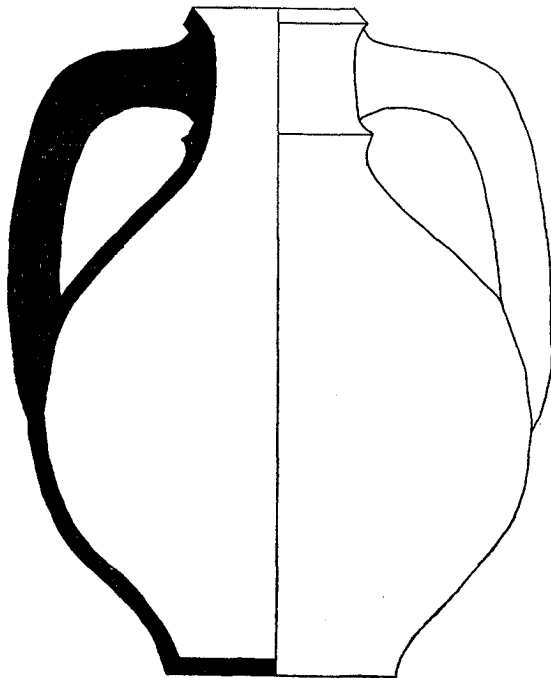


Fig. 16. — Vasija con doble asa, de la sepultura n.º 25. A 1/2.

- N.º 28. — A 0,29 m. de profundidad, esqueleto destruido completamente en época incierta. Sin ajuar.
- N.º 29. — A 0,30 m. de profundidad. Inhumación destruida en época incierta.
- N.º 30. — A 0,28 m. de profundidad. Muy lejos del área excavada se descubrió en una prospección para fijar los límites de la necrópolis. Inhumación sin caja ni cista, que al parecer se continúa por debajo del muro que marca los límites entre los términos de Lumbrales y Bermellar. Tres clavos de hierro hallados en sus inmediaciones podrían pertenecer a un ataúd de madera.
- N.º 31. — A 0,45 m. de profundidad. Inhumación destruida. Restos de un ataúd de madera, con seis clavos de hierro. Carecía de ajuar, pero se recogieron numerosas tachuelas del calzado análogas a las de la inhumación n.º 27.

N.º 32. — A 0,26 m. de profundidad, restos óseos de una inhumación destruida en parte por la erosión posterior.

N.º 33. — A 0,09 m. de profundidad, restos de una inhumación destruida por la erosión actual.

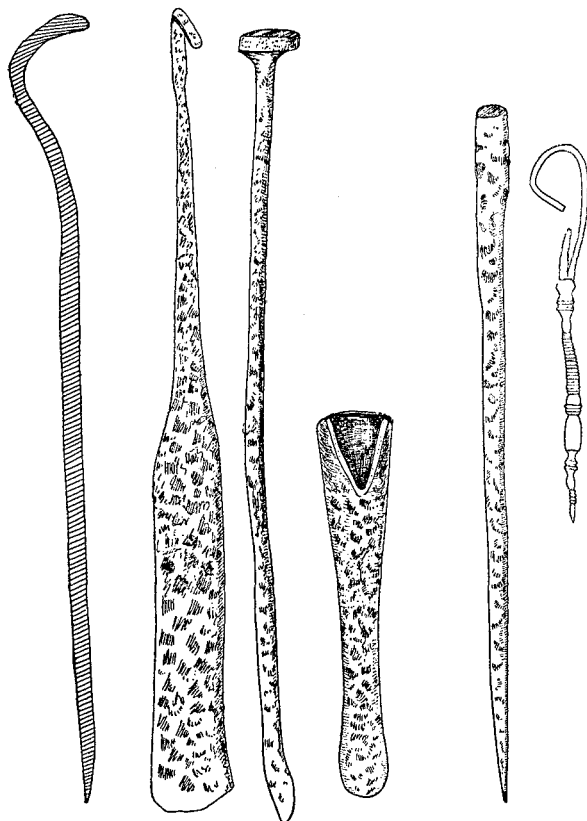


Fig. 17. — Diversos instrumentos de hierro y contera hallados en el área de la necrópolis sin pertenecer a ninguna tumba concreta. La varilla central mide 48 cm.; las restantes piezas se reproducen a la mitad, igual que el objeto de bronce de la derecha.

N.º 34. — A 0,27 m. de profundidad, inhumación desorganizada, con algunas tachuelas de las abarcas del calzado.

N.º 35. — A 0,32 m. de profundidad. Restos completamente aplastados de un esqueleto del que no pudo precisarse circunstancias de enterramiento.

N.º 36. — A 1,40 m. de profundidad, bajo la sepultura n.º 14, un esqueleto muy destrozado al efectuar la inhumación posterior. Sin ajuar.